A ELLA.

DOLORES.

I.—1881.

En mi camino lleno de escombros
Morir me siento de lasitud:
No puedo solo, sobre mis hombros
Hasta los Cielos llevar la cruz;

Contigo encuentro bendita calma
Que es un carisma, cual don de Dios,
Pues de mi madre tienes el alma, (1)
Que tú heredaste con su candor.

No son deliquios de amor fulmíneo,
Que vive y muere con el placer,
Lo que yo busco; sino virgíneo
Corazón de oro, como el tuyo es.

(1) Era nieta de mi madre.

Tampoco quiero amor extático
Que es todo, menos, realidad:
Desengañado, soy un fanático
Por lo sencillo, lo natural.

Un nombre obscuro, mi nombre pobre
Es cuanto puedo darte yo á tí:
Es una joya, que aunque de cobre,
Sólo tú puedes reproducir. (1)

No habrá distancia que nos divida,
Ni habrá secretos entre los dos:
Será mi vida junto á tu vida
Y junto al tuyo, mi corazón.

Cual de una fuente dos arroyuelos,
Como dos rosas que da un rosal,
Jamás tendremos orgullo ó celos
Por diferencias de calidad.

Si el mismo origen hemos tenido,
Llegar podremos al mismo fin,
Como palomas del mismo nido
Que allá en el soto vuélvense á unir

(1) Llevaba mi apellido materno.

II.—1909.

En mi camino lleno de escombros,
Aire me falta, me falta luz;
Sin tí no pueden solos mis hombros,
Hasta los cielos llevar la cruz.

Sonriendo estabas y en santa calma,
Aunque hecho trizas el corazón, (*)
Al ausentarte; pero yo el alma
Tengo hecha trizas y la razón.

No eran deliquios de amor fulmíneo,
Ni voluptuoso muelle placer,
Sino atractivo puro y virgíneo
Lo que tus ojos sabían verter

Me aislé del mundo con ceño apático,
Del mundo necio, falso y venal,
Pues me enseñaste tú á ser fanático
Por otro mundo, y otro ideal.

(*) Murió de una fulminante afección cardiaca.

A tu sepulcro, mi pobre nombre
Es cuanto llevas, cuanto te dí!
Tu ángel no quiso que entero otro hombre
Lo recibiera de mí y de tí.

No hubo distancia ni distintivo
Mientras vivimos, entre los dos;
Hoy que te alejas yo muero vivo,
Y tú en mi mente vives y en Dios.

Como dos hilos de un arroyuelo
Como dos rosas en un rosal,
Así nacimos....y ahora el Cielo
Pone entre ambos foso fatal.

Somos polluelos del mismo nido
Que á amarnos fuimos á otro jardín;
Si hoy separarnos Dios ha querido,
Es para unirnos en El, al fin.

III.

¿Quien te manda, santísimo recuerdo,
Que en mis horas mortales de tristeza,
Cuando inclino abrumado la cabeza,
Riegas mis sienes con rocío de paz?
¿De donde vienes tú, nuncio celeste,
Telefonema que en la luz cabalgas
Para llegar á mí, como esas algas
Que de otros mundos acarrea la mar?

Tú eres el rayo de una luz divina
Que disipa de mi alma la negrura
Y forma cou sus juegos la figura
Que caricia fué siempre para mí.
Cuando parece que mi fe se hunde
Porque está naufragando mi esperanza,
Cual faro te diviso en lontananza,
Como estrella polar del porvenir.

Y si la negra soledad me hostiga
Como inútil y estéril sacrificio,
Mientras me tienden el placer y el vicio
Las redes de su encanto seductor,
Te miro en sueños, lúcida como ángel,
Y oigo tu voz de arrullador zureo
Y en la virtud y en sus milagros creo,
Cediendo la maléfica obsesión.

Cuando gastada del valor la fibra,
En el combate del vivir desmayo,
De tus ojos sonrientes párte un rayo
De amor que fortifica mi moral,
Y si el cansancio que me agobia llega
Hasta orillarme á aborrecer la vida,
Te revelas á mi alma dolorida,
Y la vida otra vez me haces amar.

Al quedarme mirando tu retrato,
Sale dél un efluvio que me calma,
Que de la eternidad me manda tu alma
De tu santa y viril resignación.
Y es tu recuerdo lámpara perene
Que arde de mi mente en el santuario,
Siendo mi corazón el relicario
Donde se guarda tu postrer adiós.

¡No he podido olvidar aquel momento....
Y el castísimo beso que me diste!
HASTA EL CIELO, sonriendo me dijiste,
Levantando los ojos hacia él.
Esa cita de amor, esa promesa
Es la que guardo con avaro anhelo,
Y es la que me hace levantar al cielo,
Para esperar, los ojos de la fe.

No puedo desprenderme de aquel cuadro,
De aquella despedida "HASTA LA GLORIA"
Esculpida la llevo en la memoria
Con tu acento inspirado y tu mirar.
Parece que me sigues complaciente
A aquellos sitios en que tú solías
Acompañarme, como en otros días,
Solícito, amoroso ángel guardián.

En el templo, en el campo y en la calle,
Dondequiera te finge mi deseo,
Y me consuela, cuando no te veo,
La idea que en el Cielo estás, felíz....
Pero al volver á nuestro viejo nido,
Que hallo desierto,..á sollozar me postro
Bajo la luz que irradia de tu rostro,
Pidiendo á Dios me lleve junto á tí.

A veces, una especie de hipnotismo
Me quita la conciencia del presente
Haciéndome olvidar extrañamente
Que todo un mundo media entre los dos.
Paréceme que te hallas en tu huerto
Entretenida en arreglar tus flores:
Que estás cerca de mí ó en tus labores,
Y que nada ha cambiado entre tú y yo;

Mas al salir de ese morboso sueño
Y darme cuenta de mi actual estado
Y de que ese espejismo es el pasado,
El pasado que nunca ha de volver,
Todo el presente se me viene encima,
Y un silbo de serpiente que me quema,
Me rechina infernal el anatema
De que *jamás* á verte volveré.

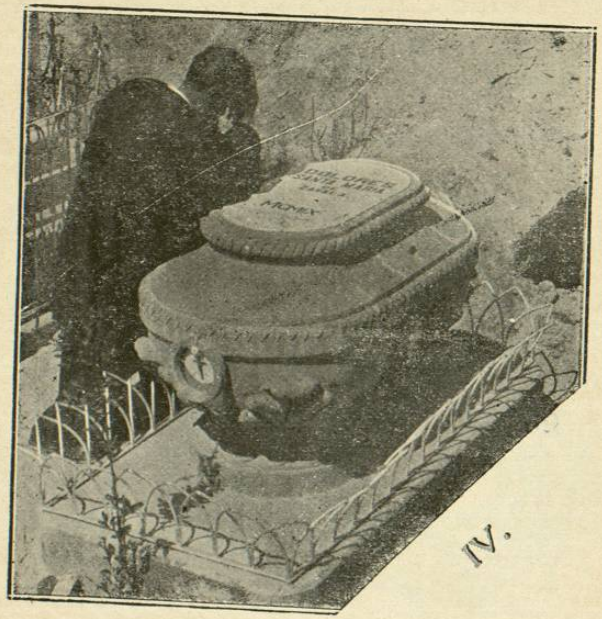
*
* *

¿JAMAS? ¿NO HASTA EL CIELO.?—¡Que infa-
(me mentira,
Que pérfido zumbo, que atroz maldición!
Mis nervios se crispan, mi mente delira,
No sé lo que siento, no sé donde estoy.

¡Conque eso es el hombre: un poco de lodo
Que se echa en la tumba como á un albañal!
¡Conque eso es la muerte y aquí acaba todo,
Y nunca he de verla y no hay más allá!

¿Quien esa blasfemia vibró como dardo,
Y luego en la sombra, traidor se ocultó?
Satán—VADE RETRO—Tú mientes! Yo aguardo:
Yo creo el bendito RESURGAM de Job.

Lo mismo me expresa el rostro querido
Que en ese retrato veo sonreír;
Y en sueños un eco murmura á mi oído:
"TE ESPERO EN EL CIELO PIDIENDO POR TI."



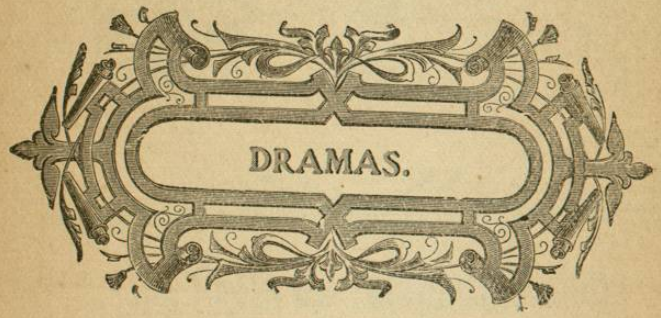
IV.

SOBRE SU TUMBA.

Vengo, sobre tu tumba, amiga amada,
A orar por tí, que es mi único consuelo
Mientras no rindo toda mi jornada
Y me voy á reunir contigo al Cielo.

No cesarán mis escaldados ojos
De pagar su tributo á tu memoria,
Hasta que no descansen mis despojos
Bajo esta misma lápida mortuoria.

Sobre tu frente pálida de lirio
Mis labios estampé por despedida:
En mi pasado tácito martirio,
Ese postrer adiós no se me olvida.

¡Nada me queda ya de entre la fecha
Que conservo en tu anillo de himeneo,
Con cifras de oro y de brillantes hecha,
Y la de mármol de este mausoleo!

Pero falta otra aquí. Mientras se labra,
Dejo en vez de ella, estas humildes flores,
De ese poema orlando la palabra,
Que es su primera y última, DOLORES.